

guerras. ¿Cómo una reacción tan ciega, tan ininteligente puede durar en una edad que se enorgullece de sus luces? Hay que atribuirlo en parte á los intereses alarmados por las revoluciones cada vez más radicales que amenazan trastornar á la sociedad en sus fundamentos: ¡cuántos de esos pretendidos creyentes que llenan las iglesias no creen más que en una cosa, en sus escudos! Hay que tener además en cuenta la necesidad humana cultivada durante siglos: la educación de las generaciones nacientes que la sociedad civil abandona al clero con una culpable negligencia es el más poderoso instrumento de su dominación: bastaría por sí solo para encadenar á la humanidad, si pudiera Dios permitir que la humanidad quedara en las cadenas de la superstición y de la ignorancia.

Esos malos sentimientos no explican, sin embargo, suficientemente la extensión y la persistencia de la reacción religiosa. Queda siempre por saber cómo las generaciones educadas por Voltaire y Rousseau han podido volver á los altares que sus padres habían abandonado con desprecio. Hay un sentimiento más puro, más legítimo en la reacción religiosa que la ignoble superstición y la ambición más innoble todavía que la explota, y es la necesidad de la fe. No prevalecieron los filósofos sobre el cristianismo tradicional, porque la filosofía del siglo pasado no satisfacía la necesidad imperiosa que siente el hombre de creer en un Dios bueno y justo, en su providencia y en la inmortalidad de los seres á quienes ha dado la vida; y porque la mediana religión de lo pasado da á lo menos algún alimento al sentimiento religioso, á pesar de sus creencias supersticiosas,

recobró una parte del terreno que había perdido.

Una gran enseñanza resulta de los dos movimientos opuestos de destrucción y de reacción que se producen en el siglo XVIII y en el XIX. No basta la destrucción; los hombres no abandonarán jamás una fe, por imperfecta que sea, por una pura negación; que más vale, se dicen, un abrigo cualquiera contra las tormentas de la vida, que estar expuesto, desnudo y sin defensa alguna, á todas las tempestades. Mientras dura el combate, los que en él toman parte pueden entusiasmarse con la demolición que ejecutan; pero cuando el suelo está sembrado de escombros y se apaga el ardor de la batalla, ¿qué queda á los combatientes, qué á los que, extraños á la lucha, no tienen deseo de abandonar su morada, por miserable que sea, para acampar sobre ruinas? El tiempo de la destrucción ha pasado, ó, por mejor decir, no es sino reconstruyendo como podemos destruir lo que sobrevive á los golpes del siglo XVIII. Levantemos un edificio majestuoso que pueda recibir á todos los que piden un abrigo, y se apresurarán á dejar sus chozas. ¿Cómo edificar este nuevo templo? ¿Basta reunir las piedras informes sembradas acá y allá, tristes restos de la vieja religión? No es con materiales gastados y podridos como se construye un edificio duradero; no es en lo pasado en lo que es preciso inspirarse cuando se quieren robustecer las creencias religiosas, sino en lo porvenir; es necesario que lo pasado se transforme bajo la influencia de los sentimientos y de las ideas cuyo germen deposita Dios en el seno de la humanidad. Aprovechemos la lección y pongamos manos á la obra: no nos faltará el apoyo de Dios.

CAPÍTULO PRIMERO

LOS FILÓSOFOS Y EL CRISTIANISMO

§ I. — Descartes.

I

Uno de los más nobles pensadores del siglo XVIII, Condorcet, decía en un discurso sobre las ciencias matemáticas, pronunciado en 1786, que "Descartes aseguró para siempre á la razón sus derechos y su independencia". Algunos años después decretó la Convención nacional, á propuesta de Chénier, que el filósofo merecía los honores debidos á los grandes hombres y que se trasladaran sus restos al Panteón francés; el redactor del dictamen justificó el proyecto diciendo "que una nación que se había hecho libre haciéndose filósofa debía una alta justicia al hombre prodigioso que enseñó á la humanidad á examinar y no á creer". Jamás se ha hecho de un libre pensador elogio tan magnífico. ¿Lo merecía Descartes? En el dominio de la filosofía pura, sí; pero no en la aplicación de la filosofía á la religión: como filósofo, se puede repetir con Hegel que Descartes inauguró el reinado del pensamiento moderno, y saludarlo como un héroe de la humanidad (1); mas no

es verdad que enseñara á los hombres á examinar en vez de creer. Esta gloria pertenece á su discípulo Espinosa: el pensador holandés es el maestro de los libres pensadores; Descartes, por lo contrario, en cuanto de él dependía, rebajó la filosofía ante la religión.

Vergüenza causa por la filosofía la lectura de la Epístola en que Descartes dedicó sus *Meditaciones* á la Sorbona: "Si os dignarais prestar tal atención á esta obra que quisierais sobre todo corregirla", (1). Es un filósofo que habla á teólogos, y se diría que es un niño que teme la férula si falta á una respuesta de su catecismo. La filosofía es el libre pensamiento ó no es nada; ahora bien, ¿se compadece la libertad de pensar con la censura? ¡Hé ahí un filósofo que va delante de la censura, que la solicita como un favor! Al fin de sus *Principios* declara formalmente Descartes "que no afirma nada, sino que somete todo lo que ha dicho á la autoridad de la Iglesia católica", (2). Un historiador francés dice que el filósofo trató de conciliar

(1) HEGEL, *Geschichte der Philosophie*, t. III, p. 328, 331.

(1) *Œuvres de DESCARTES*, t. I, p. 221 (ed. de Cousin).
(2) DESCARTES, t. III, p. 525.

liarse el favor de los jesuitas; sería preciso decir que mendigó su apoyo: es, en efecto, humilde como un pordiosero cuando escribe "que la Compañía puede sola más que el resto del mundo para hacer valer su filosofía ó despreciarla", y cuando protesta de que hará todo lo posible por merecer la aprobación de los reverendos padres (1). ¡Así dependería el destino de la filosofía de la buena ó de la mala voluntad de una orden religiosa que por su esencia es hostil á todo libre pensamiento, pues que es el espíritu de autoridad encarnado y hace del hombre un cadáver! Esta humillación de la filosofía ante la autoridad de los jesuitas y de los doctores de la Sorbona impacientó en el mismo siglo XVII á un obispo á quien no se reprochará falta de respeto á la Iglesia. "Descartes ha temido siempre, dice Bossuet, ser censurado por la Iglesia, y se le ha visto por esto tomar precauciones que han llegado hasta el exceso," (2). Bossuet no pronuncia la palabra pusilanimidad; pero la tenía en los labios. Si, fuerza es decirlo, Descartes llevó la sumisión á la autoridad hasta la cobardía.

Apresurémonos á añadir que el ilustre filósofo era de buena fe, en el sentido de que se creía perfectamente ortodoxo. Un teólogo reformado, discípulo de Descartes, instaba á su maestro á que examinara los fundamentos de la religión: ¿qué respondió aquel á quien se atribuye la gloria de haber reemplazado la fe por el examen? "Yo tengo la religión de mi nodriza, yo tengo la religión del rey," (3). ¿Á qué, pues, examinar, cuando se es católico? Esta buena madre la Iglesia dispensa á sus hijos de tan ruda labor; no tienen necesidad de pensar; ella piensa por ellos, y lo que ella piensa es la verdad. Descartes escribe que "cree firmemente en la infalibilidad de la Iglesia," (4). Desde este punto todo está dicho, y hay que repetir con Tertuliano: ¿de qué sirve Platón después de la Escritura? ¿Qué importa que los dogmas del catolicismo sean absurdos, comenzando por la infalibilidad? Basta creer en un absurdo; de suyo vienen los demás. Creed con Descartes que la Iglesia es infalible, y podréis dormir tranquilos. Permitásenos sólo preguntar al gran filósofo por qué pasó su vida en filosofar.

(1) BOULLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. I, página 46.

(2) BOSSUET, *Lettre du 24 mars 1701* (*Œuvres*, t. XVII, p. 474).

(3) BAILLET, *Vie de Descartes*, t. II, p. 515.

(4) *Lettre de 1640* (*Œuvres*, t. VIII, p. 407).

No recordamos estos hechos por rebajar un nombre que figurará siempre entre los más ilustres; si los consignamos es porque ofrecen una gran enseñanza. Un historiador francés dice de Descartes: "Todos nosotros procedemos de él, todos somos de su sangre," (1). Vamos á ver en qué sentido es esto verdad. No se envanece ya la filosofía moderna de estar en armonía con el catecismo: ¿cómo, pues, se liga á Descartes, tan prudente, tan tímido en materia de ortodoxia? Es que, á despecho de su prudencia y á pesar de todas sus protestas, su filosofía es anticristiana; si se hace abstracción de sus intenciones, se le puede llamar el jefe de los libres pensadores, y es así, porque no puede ser de otro modo. Toda filosofía que merezca el nombre de tal está en oposición con el cristianismo, porque la filosofía es en esencia el libre pensamiento, y el libre pensamiento no se inspira en el catecismo. ¿Qué importan, después de esto, las protestas de Descartes? No sirven más que para poner en mayor evidencia la hostilidad fatal del cristianismo y la filosofía.

Escribía Descartes al padre Mersenne que ninguna filosofía concuerda tan bien con la fe católica como la suya; y aun dice esto del misterio de la Eucaristía, asegurando que su filosofía lo explica perfectamente: "Yo os juro seriamente, dice, que lo creo como lo digo," (2). Hé ahí la buena fe de Descartes fuera de duda; estaba lejos de sospechar que su misma buena fe sería un testimonio contra el cristianismo. Si toda filosofía, en tanto que libre pensamiento, es inconciliable con la fe cristiana, menos que cualquiera otra pueda conciliarse la de Descartes con un dogma que se funda en lo sobrenatural, sobrenatural que no tiene otro fundamento de credibilidad que la tradición. ¿Cuál es, en efecto, el principio esencial de la filosofía cartesiana? Oigamos á Descartes: "Yo decidí no aceptar jamás por verdadera ninguna cosa que yo no conociese evidentemente; es decir, no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentara tan clara y tan distintamente á mi espíritu que no hubiese ninguna ocasión de ponerlo en duda," (3). Hé ahí una briosa declaración, digna de un libre pensador; y es una declaración de guerra al cristianismo tradicional y á toda religión revelada. ¿Qué es,

(1) DAMIRON, *Rapport sur la question du cartésianisme*.

(2) COUSIN, *Fragments philosophiques*, t. II, p. 153.

(3) *Discours de la Méthode* (*Œuvres*, t. I, p. 141).

en efecto, el principio de la evidencia sino la esencia del racionalismo? Queda por averiguar si se puede limitar el racionalismo á la filosofía y excluirlo de la religión. Descartes lo creyó, y con él ilustres discípulos, Bossuet, Fénelón: racionalistas cuando filosofaban, se volvían sumisos creyentes cuando se trataba de la fe. ¡Singular ilusión, á la cual dió un sangriento mentis el siglo XVIII!

La soberanía de la razón reina en la filosofía; la fe y la tradición dominan en el cristianismo. Nada mejor; pero ¿cómo conciliar las verdades filosóficas con las creencias religiosas, la fe con la razón? Descartes responde: "Como una verdad no puede ser contraria á otra verdad, sería una especie de impiedad recelar que las verdades descubiertas en la filosofía fuesen contrarias á la fe." Impiedad, sea; pero no se trata de saber si la contrariedad entre la razón y la fe es impía, sino de saber si la contrariedad existe. Descartes lo niega: "Yo afirmo resueltamente, dice, que nuestra religión no nos enseña nada que no pueda explicarse tan fácilmente y aun más fácilmente según mis principios que según los principios comúnmente admitidos." Y añade que ha dado una prueba bastante notable respecto de la Eucaristía, donde se tiene de ordinario por lo más difícil concertar la filosofía con la teología (1). Vamos á ver á qué costa llega el filósofo francés á establecer la armonía entre las verdades de la razón y las pretendidas verdades de la fe. Se le escapa una palabra que pinta admirablemente este trabajo de concordia: es con gran dificultad y con el sudor de su frente como la filosofía que se pretende cristiana llega á obtener su título de ortodoxia; el acuerdo no es, en realidad, sino una apuesta contra el buen sentido.

Descartes nos explica cómo se maneja para conciliar la filosofía con la palabra de Dios. Hicieronse objeciones sacadas de la Biblia, y de buena ó mala gana tuvo que responder, y lo hizo acogiendo al doble sentido de la Escritura: "Harto conoce todo el mundo, dice, la distinción que existe entre esas maneras de hablar que tiene Dios y de que se sirve ordinariamente la Escritura, que están acomodadas á la capacidad del vulgo y que contienen muchas verdades, pero sólo en cuanto la palabra divina se refiere á los hombres, y aquellas

(1) DESCARTES, *Lettres* (t. IX, p. 20).

otras que expresan una verdad más simple y más pura, que no cambia de naturaleza, aunque no se refiera á los hombres." Ese es el famoso sistema de acomodamiento que juega tan gran papel en la historia del racionalismo teológico y que hoy rechazan los verdaderos ortodoxos, porque abre la puerta al enemigo, tendiendo, en efecto, á rechazar, so pretexto de acomodamiento, todo lo que en la Escritura choca con la razón, lo cual significa ciertamente que se racionaliza la Escritura. ¿Qué se hace entonces de la fe?

El filósofo tiene el presentimiento de que su interpretación acabará por una desavenencia con la ortodoxia, y por eso se siente molesto, se pone de mal humor cuando se le atrae al terreno de la Biblia, concluyendo por declarar que no responderá ya en adelante á semejantes objeciones (1). Y no se equivocaba Descartes. Pero ¿qué es entonces de la evidente armonía entre su filosofía y el cristianismo? Si es tan evidente, ¿por qué retroceder cuando se trata de presentar con toda su claridad esta evidencia? Es que se corría el riesgo de que la evidencia se volviera contra la religión. Los discípulos de Descartes, que pertenecían á sectas reformadas, fueron menos prudentes que su maestro: uno de ellos quiso probar que la Escritura no era contraria al movimiento de la tierra (2); y fundándose en la misma Escritura, condenó la inquisición como herética la doctrina de Galileo. ¿Á quién creer? Los hombres que escuchaban su buen sentido se dijeron que era preciso creer la razón y dejar á un lado la Biblia; mas los que á todo trance se empeñaban en quedar cristianos de nombre, acomodaron tan perfectamente la palabra de Dios á la razón, que los dogmas incomprensibles de la teología se transformaron en verdades filosóficas, lo cual era pleno racionalismo.

Más precavido, Descartes se atuvo á su principio sobre el acuerdo de la razón y de la fe, sin aventurarse en el terreno escabroso de la aplicación. Tenía una veneración tan grande á la teología, que no osaba, decía, tocar á ella: "Estando las verdades reveladas por cima de nuestra inteligencia, se necesitaria alguna extraordinaria asistencia del cielo para emprender su examen" (3).

(1) BOULLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. I, página 43.

(2) WITTICHUS (BOULLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. I, p. 273).

(3) DESCARTES, *de la Méthode*, t. I, p. 129.

El respeto raya en ironía. Si es sincero, abdica la filosofía. Ciertas cuestiones hay de que en rigor puede la filosofía prescindir; pero cuando la teología y la moral se tocan, puede todavía el filósofo decir á la fe: yo te respeto tanto, que ni siquiera pretendo saber si dices lo contrario de lo que yo pienso. Instábase á nuestro filósofo á que dijera su opinión sobre las penas eternas: ¿son ó no conformes con la bondad de Dios? Jamás se le pudo obligar á que hablara de ello; se excusaba, dice un filósofo, diciendo que se exponía á tratar indignamente de las verdades de revelación quien intentara demostrarlas ó afirmarlas con razones puramente humanas. (1). Tentados estaríamos á sospechar que temia otra cosa: tan en oposición está su doctrina con el dogma católico.

Un discípulo entusiasta de Descartes dice que su filosofía es la reivindicación más enérgica de la individualidad y de la libertad del pensamiento: "Rompe con todo, dice Bordas-Desmoulins, no depende sino de sí, es soberanamente él mismo. Sus críticos le hablaban de autoridades; ¡autoridades, exclamaba, autoridades á mí que ignoro si hay hombres! (2). El precepto de no rendirse sino á la evidencia, añade Cousin, es un precepto de libertad, emancipa el espíritu humano, y el que lo ha proclamado primero puede llamarse con justicia el libertador de la razón humana," (3). Suscribimos esos elogios, pero preguntamos si el espíritu del hombre puede emanciparse en un tercio ó en un cuarto, si puede emanciparse para la razón y quedar esclavo para la fe. ¿Repudiará toda especie de autoridad coma filósofo, hasta el punto de ignorar que haya autoridades, y se someterá como creyente á la más despótica de las autoridades, á la tiranía encarnada en la Iglesia? Eso es imposible, y no se comprende que pasara en Descartes sino como una extrema inconsecuencia, que lógicamente es inconcebible. Cousin reconoce que la evidencia de Descartes es por sí misma toda su garantía, y confiesa que ante ella caen de un solo golpe todas las autoridades, cualesquiera que sean; no hay que decir que las dominaciones temporales, mas también las dominaciones religiosas, aunque consagradas por la veneración de los siglos. ¿Cómo

(1) BAILLET, *Vie de Descartes*, t. II, p. 509.

(2) BORDAS-DESMOULINS, *Le cartésianisme*, t. I, p. 28.

(3) COUSIN, *de la Philosophie de Descartes* (*Journal des savants*, 1860, p. 728).

conciliar esa libertad extremada con una servidumbre tan excesiva? ¿Puede excindirse de esa manera el hombre, dando una parte de su alma atada de pies y manos á la Iglesia y ser libre, sin embargo, en el resto?

Dejemos esas vanas distinciones y confesemos que el principio de la evidencia de Descartes conduce lógicamente al racionalismo en teología: los verdaderos católicos y los verdaderos protestantes están hoy de acuerdo en este punto. Un defensor del catolicismo observa atinadamente que el carácter que constituye la esencia del dogma católico es el principio de autoridad, y añade que en vano ha buscado en todo el sistema filosófico de Descartes una palabra en favor de la autoridad (1). Imposible es que haya en Descartes un átomo del principio de autoridad, pues que la negación de este principio es el fundamento de su filosofía; y desde este momento estamos fuera de la Iglesia católica y marchamos á velas desplegadas hacia la Reforma. La evidencia es esencialmente la convicción del individuo: es la fórmula filosófica del protestantismo, dice un filósofo alemán (2). Ahora bien, quien dice protestantismo, dice racionalismo en el dominio de la religión; ¿y qué queda entonces, no ya del dogma católico, sino de las creencias cristianas? ¿Qué es de la revelación milagrosa cuando se la somete al juicio de la razón? Una ilusión ó una superchería. ¿Qué de los misterios? Una necesidad ó un engaño. ¿Qué de los dogmas, la caída, la redención, la gracia, sin los cuales no hay cristianismo? Los admiradores de Descartes convienen en que ni una palabra de sus escritos filosóficos revela que sea católico ó siquiera cristiano (3); un pagano los habria podido escribir lo mismo que un discípulo del Cristo. El filósofo del siglo XVII, como los filósofos de Atenas y de Roma, ignora que la razón del hombre esté debilitada por el pecado original. ¿Qué hay, pues, en él de cristiano? No queda más que una profesión de fe. Descartes se llama cristiano, y hay que creerlo; pero se le podría preguntar si está bien seguro de lo que dice. Se le escapan, en efecto, de vez en cuando palabras que atestiguan que, si tenia fe, no era por lo menos muy viva: "Aunque la religión, dice, nos

(1) LAFORET, en la *Revue catholique*, 1846, p. 510.

(2) ERDMAN, *Geschichte der neueren Philosophie*, t. I, p. 269.

(3) FREURBACH, *Geschichte der leidnizischen Philosophie*, página 194.—BORDAS-DESMOULINS, *Le cartésianisme*, t. I, p. 180.

enseña muchas cosas tocantes al estado de la otra vida, yo reconozco, sin embargo, en mí una debilidad que me es común, me parece, con la mayor parte de los hombres; y es que, aun cuando *quisiéramos creer* y aun cuando *pensáramos creer* firmísimamente todo lo que la religión nos enseña, no tenemos, después de todo, costumbre de que nos muevan tanto las cosas que la *fe sola* nos enseña y á que nuestra razón no puede alcanzar como aquellas que nos persuaden razones bien evidentes." ¿Es esa la fe que transporta las montañas, la fe de los Padres de la Iglesia que creen los dogmas porque son absurdos, ó no es más bien una fe de compromiso que comienza á titubear? Descartes está muy cerca de los que *quisieran creer* y ya no pueden; únicamente *piensa* todavía *creer*, ilusión que le queda de la *religión de su nodriza*.

II

No se engañaron los ortodoxos. Descartes, que creía que su filosofía se concertaba tan maravillosamente con el cristianismo, fué repudiado por todas las confesiones. "A Dios gracias, dice el irónico Bayle, estamos todos de acuerdo, católicos y reformados, en lo que toca al odio del cartesianismo; es una secta que se excomulga, así entre los protestantes como entre los monjes," (1). La palabra *odio* no es demasiado fuerte, y es un odio teológico, es decir, el bello ideal en punto á odio; esas almas tan amorosas, si se creen sus palabras, atestiguan su caridad odiando. Descartes fué el primero entre los filósofos modernos que dió una demostración filosófica de la existencia de Dios. Oiremos á un doctor católico, al severo Arnauld, tributarle honor por esta obra, en que veía la mano de la Providencia para confundir á los ateos. Mas un teólogo reformado, para quien Arnauld no veía claro, Gilbert Boet, probó cómo esa demostración de la existencia de Dios no era más que un ateísmo disfrazado. Este digno ungido del Señor sublevó contra el filósofo francés á todos los que tenían sangre calvinista en las venas; y los sínodos condenaron á porfía el cartesianismo. Uno de ellos decretó lo que en el siglo XVI habia decretado un concilio católico, que la filosofía no tenia nada que ver con

la teología y prohibió á los teólogos emplear los razonamientos de Descartes en sus escritos ó en sus lecciones. Otro decidió que no se concedería ninguna dignidad eclesiástica, ni aun una cátedra de universidad, á los que profesaran el cartesianismo. Este desbordamiento de odio era una especie de caridad; se advirtió á las familias; so pena de su salvación eterna, que no mandaran sus hijos á las escuelas donde se enseñaba la filosofía de Descartes, filosofía infectada de materialismo y de ateísmo (1).

Pasemos á otro campo. Los jesuitas imperaban en la enseñanza y dominaban la conciencia de los reyes. En vano se habia humillado Descartes hasta implorar la protección de la omnipotente Compañía: los reverendos padres fueron intratables. Leibnitz escribió á Arnauld que no creían en las protestas del filósofo francés; que no veían en ellas más que simulación hecha por la necesidad de su causa, y que, después de todo, las palabras eran contrarias al hecho, puesto que la filosofía cartesiana era incompatible con el cristianismo (2). Hubo una persecución en toda regia. Los jesuitas excitaron á la sagrada congregación del Índice á prohibir la lectura de las obras de Descartes: agitaron á la universidad de Paris, y el parlamento, siempre hostil á las novedades, estaba dispuesto á pronunciar contra la nueva filosofía, cuando Boileau publicó su *Decreto burlesco*, y libró con esta sátira de una vergüenza á la magistratura francesa. No desalentó esta contrariedad á los padres; se dirigieron al rey, y obtuvieron un decreto del consejo que prohibió la enseñanza de la filosofía de Descartes en la universidad de Paris (3). Descartes encontró un partidario en el seno de la Compañía, y sabidas son las persecuciones que llovieron sobre el desgraciado padre Andrés. Hé aquí una carta curiosa que le dirigió un miembro influyente de la orden, y que prueba hasta qué punto llegaba el odio del nombre de Descartes en el seno de una sociedad que tenia la pretensión de amar la ciencia: "La verdad es que esa doctrina es en toda su sustancia opuesta á la buena teología y aun á muchos artículos de la fe. Sabéis que ha sido condenada en Roma, y no podéis ignorar que el general y los su-

(1) BOUILLIER, *Histoire de la philosophie cartésienne*, t. I, página 268.

(2) *Briefwechsel zwischen Leibnitz und Arnauld*, p. 139.

(3) COUSIN *Fragments*, t. II, p. 174 y siguientes.

(1) BAYLE, *Nouvelles de la république des lettres*, juin 1684 (*Œuvres*, t. I, p. 81).